contra tu voluntad, procurándolo el demonio para traerte con eso á desesperacion. Y así, toma, hijo mio, mi consejo y si de aquí adelante te tornaren á venir esos pensamientos malos, dí: sobre tí sea esa blasfemia, espíritu maligno, y ese pensamiento sucio: yo no quiero tener parte en eso, sino creo y tengo todo lo que tiene y cree la santa Madre Iglesia, y daré la vida ántes que ofender á mi Dios. Con esto quedó remediado el monje y de allí adelante nunca más le vino aquella tentacion. Y nótese aquí de camino, para los que por la dificultad que sienten, dejan de manifestar sus tentaciones, cómo es mayor pena y tormento el no declararse uno, que el declararse, como diremos en su lugar (1). Veinte años estuvo este monje en grande afliccion y tormento por no manifestar su tentacion, y en manifestándola, quedó quieto y asosegado. ¡Cuánto trabajo hubiera ahorrado, si lo que hizo á cabo de veinte años, lo hiciera al principio! De manera, que no es nueva esta tentacion, ni nos habemos de espantar de ella.

Resta decir cómo nos habemos de haber en semejantes tentaciones de pensamientos malos y feos. Algunos no se saben valer en ellas, porque hacen mucha fuerza y ponen mucho ahinco para desechar y resistir á estos pensamientos, apretando las sienes, arrugando la frente, meneando la cabeza, cerrando los ojos, como quien dice: no habeis de entrar acá. Y algunas veces, si no hablan y responden «no quiero,» les parece que consienten. Mayor es el daño que se hace uno con esto á sí mismo, que el que le hace la tentacion. Estaba el otro criado del rey Saul dando voces de cerca, y reprehendía al que las daba de léjos, porque despertaba é inquietaba al rey (2). Estais

(1) Trat. 7, p. 3, c. 6.—(2) Quis es tu qui clamas, et inquietas regem? *I Reg.*, XXVI, 14.

os vos inquietando y turbando á vos mismo de cerca, ¿y quejaisos de la tentacion que viene de fuera? Adviértase mucho esto, porque es una cosa que suele destruir mucho las cabezas, especialmente á gente escrupulosa. No es la oracion, ni los ejercicios espirituales, lo que les tiene cascadas y quebradas las cabezas y gastada la salud; sino sus escrúpulos é indiscreciones. Y eso es lo que pretende el demonio, que bien sabe él que estais muy léjos de consentir. Y no es pequeña, sino grande ganancia para él, cuando esto saca. No es negocio este que se ha de hacer á cabezadas.

Pues ¿cómo se han de resistir y desechar estas tentaciones? Dicen los Santos y maestros de la vida espiritual que el modo de resistir no ha de ser pelear por desecharlas, fatigándose y cansándose, y haciendo fuerza con la imaginacion; sino no haciendo caso de ellas. Declaran esto con algunas comparaciones que aunque bajas, lo declaran bien. Así como cuando salen algunos gozquejos á ladrar á uno, si no hace caso de ellos, luégo se van; y si hace caso, y vuelve á ellos, vuelven á ladrar; así acontece en estos pensamientos: y así, el remedio es no hacer caso de ellos, y de esa manera nos dejarán más presto. O habemos de hacer, dicen, como el que va por alguna calle, y el aire trae contra él muchedumbre de polvo, y él no hace caso de eso, sino cierra los ojos y pasa adelante. Y para mayor consuelo de los que son molestados de esta tentacion, y para que se acaben de persuadir á usar de este remedio, advierten los Santos que, por muy malos que sean los pensamientos, no hay que hacer caso de ellos; ántes, miéntras más malos son, ménos caso habemos de hacer de ellos, por ser ménos peligrosos. ¿Pueden ser peores que contra Dios y sus Santos, contra la fe y Religion? Pues esos son los ménos peligrosos, porque cuanto peores, tanto, por la gracia del Se-

ñor, están más léjos de vuestra voluntad y consentimiento. Y así no hay que tener pena de que os vengan, porque eso no es culpa ninguna, ni está en vuestra mano, ni sois vos el que haceis eso; sino padeceislo contra vuestra voluntad, procurándolo el demonio para haceros desmayar y caer en desesperacion ó en tristeza y afliccion grande.

Cuéntase de Santa Catalina de Sena que, estando una vez muy fatigada y afligida de estos pensamientos, se le apareció Cristo nuestro Redentor, y desaparecieron luégo todos aquellos nublados. Ella quejóse dulcemente á su Esposo: ¡Ay! Señor ¿y dónde estábades Vos, cuando tales cosas pasaban por mi corazon? Dícele: hija, ahí estaba yo dentro de tu corazon. ¡Jesus mio! ¿entre pensamientos tan torpes y malos estábades Vos? Dícele: dime, hija, ¿holgábaste tú por ventura de tener aquellos pensamientos? ¡Oh Señor, que me llegaba al alma, y no sé qué me escogiera ántes que tenerlos! Pues, ¿quién, dice, hacía que te pesase, sino yo que estaba allí? De manera, que por malos y feos pensamientos que tengais, si vos no os holgais con ellos, ántes recibís pena y pesar, no sólo no os ha desamparado Dios, sino podeis tomar esa por señal de que mora en vos, porque él es el que os da ese aborrecimiento del pecado y ese temor de perder á Dios. *Con él estoy en la tribulacion*, dice el Señor (1). En medio de la zarza y de las espinas y del fuego está Dios (2).

Dice San Bernardo: Penosa y molesta es esta pelea, pero fructuosa; porque todo lo que se le añade de pena y de trabajo, se le acrecienta de premio y de corona. No está el pecado en el sentimiento, sino en el

(1) Cum ipso sum in tribulatione. *Ps.* XC, 15.—(2) Exod., III, 2.

consentimiento (1). Blosio en confirmacion de esto dice: Cualquiera que gusta de complacerse á sí mismo, aunque sea una sola vez, parece más mal en los ojos de Dios, que si muchos años padeciese semejantes movimientos, por muy malos que sean, como no les dé consentimiento (2). Y así, no hay que congojarse, ni hacer mucho caso de estos sentimientos y pensamientos; sino como si pasasen por otro, y no por vos, así os habeis de haber en ellos, y muy bien podeis hacer cuenta que pasan fuera de vos, dice un Santo, porque en tanto los pensamientos malos están dentro de Vos, en cuanto la voluntad consiente, y no más; y no consintiendo, áun no han entrado en vuestra casa, sino llaman y dan golpes á la puerta de fuera.

Y advierten aquí los maestros de la vida espiritual, que el temer mucho estas cosas, y hacer mucho caso de ellas, no sólo no es bueno, sino malo y dañoso; porque hace crecer la tentacion; y esta es experiencia, y la razon de ello es natural, y los mismos filósofos la enseñan; porque el miedo despierta la imaginacion, y el pensar y dar y tomar mucho en una cosa, hace que se imprima más profundamente en la memoria, con la cual crece y se aviva más la tentacion. Así como vemos que pasa uno seguramente por un madero angosto cuando está en el suelo; pero cuando el madero está en alto, el temor le hace que no vaya por allí seguro, sino con grande peligro de caer; porque con el temor recógese la sangre al corazon, y como quedan los miembros destituidos de virtud, va

(1) Molesta est lucta, sed fructuosa, quia si habet pœnam, habebit et coronam; non nocet sensus, ubi non est consensus: imo quod resistentem fatigat, vincentem coronat. *Bernard. de interiori domo, cap. 19.*—(2) Ludov. Blos. *in speculo spirit., cap. 6.*

con gran peligro y viene á caer; eso hace tambien el temor y pusilanimidad en las tentaciones, y así conviene no andar con demasiados temores en estas cosas, ni hacer mucho caso de ellas, porque así se suelen olvidar más presto. Pero nota aquí Gerson y otros, que aunque no es bueno entónces este temor particular, pero que es bueno y muy provechoso el temor del pecado en general, pidiendo á Dios: *Señor, no permitais que jamas me aparte de Vos* (1); y haciendo algunos actos de ántes morir mil muertes, que hacer un pecado mortal, sin pensar ni acordarse en particular de aquella tentacion que entónces le combate.

Añado á lo dicho otro punto, que encomiendan aquí mucho los Santos, y servirá de medio general contra todo género de tentaciones interiores: y es, cuando nos viene el pensamiento malo, procurar divertir el entendimiento á algun pensamiento ó consideracion buena, como de la muerte de Cristo crucificado ó á otra cosa semejante. Y esto no ha de ser haciendo fuerza con la imaginacion, ni congojándose y fatigándose, sino sólo procurando hurtar el cuerpo, como dicen, al mal pensamiento, y emplearlo en el bueno; como cuando uno anda por hablar á otro, y el otro nunca se desocupa para ello, ni le da lugar; ó como cuando le dicen á un hombre cuerdo algunas cosas impertinentes, y vuelve la cabeza á otra parte, no curando de responder ni atender á aquello. Este es muy buen modo de resistir á estas tentaciones, y muy fácil y seguro; porque miéntras estuviéramos en el pensamiento bueno, muy léjos estarémos de consentir en el malo.

Para esto ayudará mucho el cavar y ahondar uno en la oracion en algunas cosas que le suelen mover

(1) Ne permittas me separari a te.

más, haciéndoselas muy familiares; porque con esto, cuando es fatigado y molestado de algunas tentaciones y malos pensamientos, luégo halla allí guarida. Y así, es bien que cada uno tenga para esto algunos lugares de refugio donde se pueda acoger en semejantes aprietos, como quien se acoge á sagrado. Unos se acogen á las llagas de Cristo, especialmente á la del costado, y se hallan allí muy bien guarecidos (1). Otros se hallan bien acordándose de la muerte y del juicio ó infierno (2). Cada uno eche mano de lo que más le aprovechare y moviere, y procure haber ahondado y cavado bien en alguna cosa de estas, para que así pueda tener fácil recurso, y hallar luégo entrada y guarida en ella en semejante tiempo.

Cuenta Esmaradgo abad (3) una cosa muy graciosa á este propósito, pero provechosa. Dice que un religioso vió que estaban una vez dos demonios platicando entre sí: á tí, ¿cómo te va con tu monje? decía el uno; á mí muy bien, porque le pongo el pensamiento, y luégo pára y se pone á pensar en él, y torna á hacer reflexion cómo fué aquel pensamiento, si me detuve, si tuve yo alguna culpa en ello, si resistí, si consentí, de dónde me vino esto, si dí yo alguna causa para ello, si hice todo lo que pude. Y con aquello le traigo al retortero y medio loco. Muy bien le va al demonio cuando uno se pone á razones y en demandas y respuestas con la tentacion, porque no le faltarán á él argumento ni réplicas. Dice el otro: á mí me va muy mal con mi monje; porque en representándole el mal pensamiento, luégo acude á Dios, ó á otro buen pensamiento, ó se levanta de la silla y toma al-

(1) In foraminibus petræ; in caverna maceriæ. *Cant.* II, 14.—(2) Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas me, et abscondas me, donec pertranseat furor tuus? *Job*, XIV, 13.—(3) Esmaragd. abbas. *lib. de gemma animæ.*

guna ocupacion para no pensar en aquello ni hacer caso de ello; y así no le puedo entrar. Este es muy buen modo de resistir á estas tentaciones y pensamientos: no los dejar entrar ni responder á ellos; ni ponerse á razones con la tentacion, sino volver la cabeza y huirle el rostro, y no hacer caso de ella. Y cuando este huir y no querer escuchar, es volviendo la cabeza á algun buen pensamiento, como habemos dicho, es mejor; y cuando eso no bastare, es bueno tomar alguna ocupacion exterior.

CAPÍTULO XXI

Que en diferentes tentaciones, diferentemente nos habemos de haber en el modo de resistir.

San Juan Clímaco, tratando de la discrecion, dice (1) que en diferentes tentaciones nos habemos de haber diferentemente en el modo de resistir; porque hay algunos vicios que de su naturaleza son desabridos y penosos, como es la ira, la envidia, el rencor, el odio, el deseo de venganza, la impaciencia, la indignacion, la amargura de corazon, la tristeza, la contienda y otros tales. Otros vicios hay que traen consigo deleite, como son los pecados carnales, el comer, el beber, el jugar, el reir, el parlar, y otros gustos y contentamientos sensuales; y porque estos segundos vicios, cuanto más los miramos y ponemos los ojos en ellos, tanto más atraen nuestro corazon y le llevan en pos de sí, dice que habemos de pelear contra ellos huyendo, que es apartándonos de las ocasiones y desviando la vista y la memoria y consideracion de ellos

(1) Climacus, cap. 26.

con toda presteza. Pero en los otros vicios primeros, habemos de pelear luchando contra ellos, mirando atentamente la naturaleza, malicia y fealdad de ellos, para poder mejor vencerlos, lo cual se hace con ménos peligro, por no ser tan pegajosos, aunque á la ira y deseo de venganza, dice, que es menester tambien hurtarle el cuerpo, no pensando cosas que nos puedan incitar á ella.

Esta misma doctrina ponen Casiano y San Buenaventura, y añaden (1) que en los primeros vicios puede uno desear ejercitarse y buscar loablemente ocasiones de pelear contra ellos; como conversando y tratando con los que le persiguen y ofenden, para aprender paciencia, y sujetándose á quien en todo le quiebre la voluntad, para aprender á obedecer y á ser humilde. Pero en los vicios carnales, sería indiscrecion y cosa muy peligrosa desear estas tentaciones y ponerse en ocasiones de ellas. Y así Cristo nuestro Redentor no permitió ser tentado de este vicio, para enseñarnos que en tentacion semejante no nos habemos nosotros de poner, aunque sea con esperanza de mayor premio y triunfo; porque este vicio es muy connatural al hombre, y como trae consigo mezclada tanta delectacion, no sólo en la voluntad sino en el mismo cuerpo, es más fácil y más peligrosa su entrada.

Trae San Buenaventura una buena comparacion para declarar esto: así como cuando el enemigo tiene dentro de la ciudad que combate algunos que le favorecen, más fácilmente la entra y la rinde: así el demonio nuestro enemigo tiene acá dentro quien le favorezca muy particularmente en esta tentacion, que es nuestro cuerpo, por el deleite grande que de ello

(1) Cassian. *coll.* 19, *cap.* 16; *et lib.* 6 *de instit. renunt.*— Bonav. *de reform. mentis, cap.* 3; *de process.* 4 *Relig., cap.* 12.

le cabe, conforme á aquello de San Pablo: *Cualquier otro pecado que el hombre cometiere, está fuera del cuerpo (1).* En los demas pecados no tiene tanta parte el cuerpo; pero en este tiene mucha, y por eso conviene mucho apartarnos de las ocasiones, y huir y desechar luego con diligencia los pensamientos é imaginaciones que nos vienen de estas cosas; y así añadió allí el Apóstol: *Huid la fornicacion* (2). Huyendo se ha de resistir y vencer esta tentacion. De esta manera declaran Casiano y Santo Tomas este lugar.

Cuéntase en las Crónicas de la Orden de San Francisco (3), que estando una vez juntos en plática espiritual fray Gil, fray Rufino, fray Simon de Asís, y fray Junípero, dijo fray Gil á los otros: Hermanos, ¿cómo os armais y resistis á las tentaciones de la sensualidad? Respondió fray Simon: Yo, hermano, considero la vileza y torpeza del pecado, y cuán aborrecible es, no sólo á Dios, mas áun á los hombres; los cuales, por malos que sean, se esconden y encubren para que no sean vistos cometer un pecado sensual. Y de esta consideracion me viene un grande enojo y aborrecimiento, y así escapo de la tentacion. Fray Rufino dijo: Yo póstrome en tierra, y con muchas lágrimas llamo la clemencia de Dios y de nuestra Señora, hasta que me siento perfectamente libre. Fray Junípero dijo: Cuando yo siento las tales tentaciones diabólicas, y oigo su entrada en los sentidos de la carne, luégo en esa hora cierro fuertemente las puertas del corazon, y pongo mucha gente de santas meditaciones y buenos deseos para guarda segura de él. Y cuando aquellas sugestiones de los enemigos llegan y combaten la puerta, respondo yo, como de dentro, no les

(1) Omne peccatum quodcumque fecerit homo, extra corpus est. *I ad Cor.*, VI, 18.—(2) Fugite fornicationem. *I ad Cor.*, VI, 18.—(3) P. I, lib. 6, cap. 38, *de la Crónica de S. Franc.*

abriendo en ninguna manera: afuera, afuera, que la posada está tomada y por eso no podeis entrar acá: y así nunca doy entrada á aquella gente ruin, y ella vencida y confusa, vase. Fray Gil, habiendo oido á todos, respondió: A tí me atengo, Fray Junípero, porque con este vicio más seguramente pelea el hombre huyendo. De manera, que el mejor modo de resistir á esta tentacion, es no dejar entrar en el corazon los pensamientos malos, ni dar entrada alguna á esta tentacion, porque esto es más fácil; pero si una vez entran los malos pensamientos, no será fácil, sino muy dificultoso el desecharlos. La puerta fácilmente se defiende; mas ella tomada, Dios nos libre. En la tercera parte, en el tratado de la castidad, trataremos más largamente de esta tentacion, y de los remedios que habemos de usar contra ella, los cuales nos podrán ayudar tambien mucho para las demas tentaciones.

CAPÍTULO XXII

De algunos avisos importantes para el tiempo de la tentacion.

Hartos remedios habemos dicho para las tentaciones: pero por muchos que se digan, no se pueden decir todos. Porque así como las enfermedades corporales y sus remedios son tantos y tan diversos, que no se pueden escribir, ni enseñar todos, sino que se ha de dejar mucho al arbitrio y parecer del médico, que conforme al sujeto y circunstancias particulares aplique el remedio que le pareciere convenir, así es tambien en las enfermedades espirituales. Por lo cual los Santos y maestros de la vida espiritual ponen por remedio general y muy principal para todas las tentaciones, el descubrirlas y manifestarlas al médico espi-

ritual: pero porque de esto trataremos largamente en la tercera parte (1), aquí solamente avisaremos una cosa que advierte San Basilio cerca de esto. Dice el Santo (2) que así como las enfermedades del cuerpo no se descubren á cualquiera, sino solamente á los médicos que las han de curar; así tambien las tentaciones y enfermedades espirituales no se han de descubrir á todos, sino solamente á aquellos que Dios nos ha puesto por médicos para eso, que son los superiores ó confesores; conforme á aquello de San Pablo: *Los que somos más fuertes debemos sufrir las enfermedades de los flacos* (3).* Y así nuestra regla dice (4) que se acuda con estas cosas al prefecto de las cosas espirituales, ó al confesor, ó al superior.

Este es un aviso de más importancia de lo que algunos por ventura piensan. Porque suele acontecer algunas veces que no quiere uno descubrir sus tentaciones á quien debe, y descúbrelas á quien no debiera, y á quien por ventura hará daño descubriéndolas y le recibirá él tambien; porque podrá ser que el otro tenga la misma tentacion y flaqueza, y con eso quede más confirmado en ella el uno y el otro. Pues por esto, y por otros inconvenientes que se podrían seguir, conviene mucho que solamente comunique uno sus tentaciones y enfermedades espirituales con los médicos espirituales que las han de curar y remediar, á quien puede estar seguro que no hará daño y que recibirá provecho. Y así dice el Sabio: *Non omni homini cor tuum manifestes* (5): No descubrais vuestro corazon á cualquiera. Y en otro lugar: *Amigos, muchos, todos han de ser nuestros amigos; pero consejero, uno entre mil* (1).

(1) P. III, trat. 7.—(2) Basil. *in Reg. Brevior.*—(3) Debemus autem nos firmiores imbecillitates infirmorum sustinere. *Ad Rom.*, XV, 1.—(4) 3 p. Const. c. 1, § 12; Regul. 41 *Summarii.*—(5) *Eccli.*, VIII, 22.

Otro aviso dan tambien (2), para el tiempo de las tentaciones, de mucha importancia; que procuremos en los tales tiempos continuar nuestros ejercicios espirituales y perseverar en ellos con diligencia, y nos guardemos mucho de dejarlos ó disminuirlos; porque cuando no hiciese otra cosa el demonio con la tentacion, sino desbaratarnos en eso, habría hecho mucho y se daría por bien pagado. Antes entónces hay necesidad de mayor continuacion en estos ejercicios, y de añadir ántes que quitar. Porque si el demonio nos quita las armas espirituales con que nos defendemos y le ofendemos, claro está que nos llevará más fácilmente á lo que él desea. Y así conviene mucho ser fieles á Dios nuestro Señor en el tiempo de la tentacion, y en eso se conocen sus verdaderos siervos (3). No es mucho perseverar uno en sus buenos ejercicios cuando hay bonanza y devocion: pero perseverar cuando hay tempestades, tentaciones, sequedades y desconsuelos, eso es mucho de loar; porque es gran señal de verdadero amor, y de que sirve á Dios puramente por quien él es.

El tercer aviso es que se debe guardar uno mucho, en el tiempo de la tentacion, de hacer mudanza y tomar nuevas resoluciones; porque no es aquel tiempo á propósito para eso. En el agua turbia no se ve nada; dejadla asentar y aclarar, y entónces veréis las guijitas y arenitas que están allá en lo hondo. Con la tentacion está uno muy inquieto y turbado, no puede ver bien lo que le conviene (4). Y así no es ese buen tiem-

(1) Multi pacifici sint tibi, et consiliarius sit tibi unus de mille. *Eccli.*, VI, 6.—(2) D. Vincentius Ferrer, *lib. de vita spirituali, c. 12.*—(3) Vos estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis. *Luc.*, XXII, 28.—(4) Comprehenderunt me iniquitates meæ: et non potui ut viderem. *Ps.* XXXIX, 13.

po para deliberar y resolverse y determinarse en ninguna cosa de nuevo. Dejad pasar la tentacion, y cuando esteis sosegado y quieto, entónces veréis mejor lo que os conviene. Todos los maestros de la vida espiritual encomiendan mucho este aviso. Y nuestro Padre nos le pone en el libro de los Ejercicios, en las reglas que da para discernir los diversos espíritus, y da allí (1) una razon muy buena de esto; porque así como en el tiempo de la consolacion es uno llevado y movido de Dios á lo bueno; así en la tentacion es llevado é instigado del demonio, con cuya instigacion nunca se hace cosa buena.

Lo cuarto es menester que en el tiempo de la tentacion seamos diligentes en aprovecharnos de los remedios arriba dichos, y que no nos estemos mano sobre mano: lo cual se entenderá bien con el ejemplo siguiente. Cuéntase en las *Vidas de los Padres*, que un monje andaba muy molestado del espíritu de la fornicacion, y deseando librarse de tal molestia, se fué á un aprobadísimo Padre del Yermo, y con mucho sentimiento le dijo: Pon, Padre venerable, tu cuidado y solicitud en mí, y ruega á Dios que me favorezca, porque pesadamente me combate el espíritu de la fornicacion. Y como esto oyó el santo viejo, de allí adelante suplicaba de día y de noche á Dios le favoreciese. Pasados algunos días volvió el monje al Padre, y le suplicó que orase por él con más vehemencia porque no se le mitigaba su pegajosa tentacion. El Padre de allí adelante suplicaba con más instancia al Señor diese esfuerzo al monje, y enviaba á su Majestad suspiros y gemidos con mucha eficacia. Otra y otra vez volvió el monje á él, y le dijo que no le aprovechaban sus oraciones; de lo cual el santo viejo quedó desconsolado, y se maravillaba cómo Dios no le oía. Estando, pues, fatigado con este pensamiento, el Señor le reveló aquella noche siguiente, que la causa porque no le oía, era la negligencia y poco valor del monje para resistir. Y la revelacion fué de esta manera: que veía estar muy ocioso y sentado á aquel monje, y el espíritu de la fornicacion andaba delante de él tomando diversas formas y rostros de mujeres, jugando y haciéndole visajes, y el monje lo miraba y se holgaba mucho con ello: veía tambien que el ángel del Señor estaba cabe él, muy indignado con el monje, porque no se levantaba de allí, y acudía al Señor; y se postraba en tierra, y hacía oracion, y dejaba de deleitarse en sus pensamientos. Por esto conoció el buen viejo que la causa por que Dios no le oía, era la negligencia del monje. Y así, la primera vez que le volvió á visitar, le dijo: por tu culpa, hermano, no me oye Dios, por cuanto te deleitas con los malos pensamientos. Imposible es que de tí se aparte el espíritu sucio de la fornicacion aunque otros rueguen á Dios por tí, si tú mismo no tomas el trabajo de muchos ayunos, oraciones y vigilias, rogando á Dios con gemidos y lágrimas que te conceda su favor y misericordia, y te dé fortaleza, de manera que puedas resistir á los malos pensamientos: porque aunque los médicos apliquen á los enfermos todas las medicinas necesarias, y se las den con toda diligencia y cuidado, ninguna cosa les aprovechará, si por otra parte los enfermos comen cosas dañosas. De la misma manera pasa en las enfermedades del alma, que aunque los Padres venerables, que son los médicos del alma, oren con toda su intencion y corazon á Dios por aquellos que piden les ayuden con sus oraciones, poco aprovecharán los tales médicos, si los que son tentados no se ejercitan en obras espirituales, rezando, ayunando y

(1) S. P. N. Ignat. *lib. Exerc. spirit., Regul.* 5 *ad discernendum varios animi motus.*

haciendo otras cosas que son á Dios agradables. Como esto oyó el monje, arrepintióse de todo su corazon, y de allí adelante siguió el consejo del buen viejo, y afligióse con ayunos, vigilias y oraciones, y así mereció la misericordia del Señor, y se le quitó la tentacion. Pues de esta manera nos habemos de haber nosotros en las tentaciones, haciendo lo que es de nuestra parte, y poniendo los medios que debemos, porque de esa manera nos quiere el Señor dar la victoria.

Y porque en esto del resistir á las tentaciones puede haber más y ménos, no nos habemos de contentar con resistir de cualquier manera, sino procurar la mejor. En las Crónicas de San Francisco se cuenta (1) que declaró el Señor á un grande siervo suyo, religioso de aquella Orden, llamado fray Juan de Alverne, el diverso modo con que se habían los religiosos contra las tentaciones, especialmente contra los pensamientos de la carne: vió casi innumerable multitud de demonios que sin cesar arrojaban contra los siervos de Dios muchas saetas, de las cuales algunas con impetuosa ligereza volvían contra los demonios que las tiraban; y entónces ellos con gran clamor daban á huir como afrentados. Otras de aquellas saetas, arrojadas de los demonios, tocaban á los religiosos; mas luégo caían en el suelo sin hacerles daño alguno. Otras entraban con el hierro hasta la carne, y otras pasaban el cuerpo de parte á parte. Pues conforme á esto, el mejor modo de resistir, y el que habemos de procurar, es el primero, hiriendo al demonio con las mismas tentaciones y saetas con que él nos procura herir, y haciéndole huir. Y esto haremos muy bien, cuando pensando el demonio dañarnos con sus tentaciones, nosotros sacamos mayor provecho de ellas:

(1) Part. 2, lib. 7, cap. 8, *de la Crónica de San Francisco.*

como si de la tentacion de soberbia y vanidad, que el demonio nos trae, sacamos más humildad y confusion; y de la tentacion deshonesta, sacamos mayor aborrecimiento del vicio y mayor amor á la castidad, y andar con mayor recato y fervor, y acudir más á Dios. Y así, dice el bienaventurado San Agustín, sobre aquellas palabras: **Este dragon que criaste para que se haga burla de él* (1),* que de esta manera los siervos de Dios hacen burla de este dragon, porque queda cogido y enlazado con el mismo lazo con que él nos quería enlazar, conforme á aquello del Real Profeta: **En el lazo que oculto me tendieron, quedó preso su pié. —Cójale la trampa que preparó escondida y caiga en su mismo lazo.** Viniendo por lana, vuelve trasquilado. **El mal que deseó, se tornará sobre su cabeza, y en lo alto de ella descargará su iniquidad* (2).*

(1) Draco iste, quem formasti ad illudendum ei. *Ps.* CIII, 26. —(2) In laqueo isto, quem absconderunt, comprehensus est pes eorum. *Ps.* IX, 16.—Captio, quam abscondit, apprehendat eum: et in laqueum cadat in ipsum. *Ps.* XXXIV, 8.—Convertetur dolor ejus in caput ejus: et in verticem ipsius iniquitas ejus descendet. *Ps.* VII, 17.